



Virreinato del Río de La Plata

La revolución de mayo de 1810 desató una ola de cambios, al separarse el Alto Perú del Virreinato, se privó al Río de la Plata de su principal mercado consumidor y de la región productora de metales preciosos. Las economías del interior quedaron aisladas y sus sectores mercantiles dejaron de cumplir el rol vinculante entre Buenos Aires y el Alto Perú, iniciándose un proceso de migración interna y despoblación del noroeste que no habría de detenerse en adelante. El proceso revolucionario no pudo contener las tensiones que el poder borbónico había mantenido oculto. Desde el punto de vista económico, Córdoba había estado más ligada por su comercio al Alto Perú y a Cuyo que a Buenos Aires. Cuyo, a su vez, estaba más cerca de Santiago de Chile que de la capital y en general todas las provincias del norte dependían desde todo punto de vista al Alto Perú. Asimismo, la mayoría de ellas no compartían la política oficial adoptada desde un principio del libre comercio, ya que esto perjudicaba sus economías internas.

En las provincias interiores disminuyeron sus producciones exportables. Hubo una deficiente organización del comercio interior, con demasiados intermediarios y con fletes costosos. Esto hacía que la producción puesta en Buenos Aires (principal centro consumidor) tuviese precios muy superiores a los productos equivalentes de origen extranjero. Este problema se combina con la pobreza técnica de la producción. La industria inglesa ofrecía productos de mejor calidad y fabricados con métodos modernos (ejemplo: artículos textiles).

REVOLUCIÓN DE MAYO

La revolución no produjo una modificación drástica de la estructura económica ni expuso tampoco un programa definido. Pero sí trajo, cambios importantes tanto en la detentación del poder económico como en el juego de los intereses y puso de relieve de una manera antes no entrevista los defectos de la estructura económica del ex-Virreinato.

En efecto, si la relación de dependencia con España había permitido hasta entonces suplir ciertas deficiencias y compensar otras en beneficio del semimonopolio imperante, cuando el nuevo Estado revolucionario se vio librado a sus propias fuerzas y pretendió alcanzar el status de una "nueva y gloriosa nación", se hicieron patentes las limitaciones que imponían la organización subsistente y las dificultades para modificarlas.

El poder económico seguía residiendo en los comerciantes mayoristas, pero con una interesante modificación. Al establecerse un sistema de libre comercio con todas las naciones y ante la situación caótica en la que se encontraba España, los grandes comerciantes, agentes importadores de Cádiz pasaron a ser importadores de la principales casa de comercio inglesas. Al mismo tiempo muchos comerciantes ingleses se instalaron en Buenos Aires, solos o asociados con comerciantes criollos. En 1811 se crea una Cámara de Comercio británica, único organismo en que se manifestó el particularismo británico. Así la clase comercial dominante se amplió en su integración, y criollos, españoles peninsulares y extranjeros se enriquecieron con el nuevo régimen de libre comercio. Con el cambio los españoles europeos perdieron, no solo por el fin de su situación de privilegio, sino también por las trabas que les impuso el gobierno por razones políticas e ideológicas.

Nuevos elementos entran a competir en la detentación del poder económico: los propietarios de los saladeros y sus proveedores, los grandes ganaderos. Esto va a crecer y se va a poner de manifiesto en uno de los grandes debates económicos de la época, el Abasto de la ciudad que condujo al cierre momentáneo de aquellos establecimientos.

La demanda creciente de carne salada llevó al perfeccionamiento de la industria saladeril aprovechando carne, cuero, cebo y astas. Se establecieron en zonas cercanas a la ciudad de Buenos Aires pagando precios mayores que los simples matarifes dedicados al Abasto urbano. Los ganaderos se preocuparon por la marcación de la hacienda y de proveer ganado homogéneo periódicamente. Algunos se asociaron a la explotación saladeril y por primera vez en nuestra historia aparece el propietario rural enriquecido con la producción de sus campos. De esta manera al final de la década, saladeristas y ganaderos participan del poder económico en forma conjunta, aunque minoritaria, con los comerciantes.

Este hecho tuvo honda trascendencia en el futuro. Los saladeros iban a conducir al mejoramiento de la calidad de los vacunos. Al adquirir poder económico el gran propietario rural llegó al poder político, lo que se puso de manifiesto con la elección de Martín Rodríguez para gobernador de la provincia en 1822.

Problemas de estructura

Los intentos del gobierno de imitar el ejemplo de Gran Bretaña, Estados Unidos o Francia y desarrollar su agricultura y su industria al nivel de un estado moderno, se vieron totalmente frustrados. El primer gran obstáculo fue la escasez casi total de capitales. Los pocos existentes se aplicaron casi exclusivamente a la actividad comercial, única que ofrecía una renta segura y alta. Esta escasez se sintió notablemente en la industria, que no obtuvo créditos oficiales ni privados y solo se pudieron formar capitales, por vía de ahorro o por la asociación de individuos, generalmente connacionales de un país extranjero. Por la misma razón el crédito fue mínimo y con tasa de interés elevadas. Los industriales podían obtener créditos de gente amiga o por hipoteca de inmuebles, sin que sus fondos industriales representasen garantía alguna.

Otra causa que impidió el desarrollo industrial fue el primitivismo técnico que padecía todo el Virreinato. Procedimientos industriales o mecánicos comunes en Europa eran desconocidos. Señala Mariluz Urquijo que otro gran obstáculo lo constituyó la escasez de mano de obra cualificada. La artesanía no tradicional carecía de cultores. Un factor que perjudicó -ya no el desarrollo industrial, sino a nivel económico en general- fue la falta de una producción agrícola exportable. La pobreza de nuestra agricultura era tal que apenas alcanzaba la producción de harina para el abasto de la población y nunca se estuvo en condiciones de exportar cereales.